

EDUARDO DE LA HERA BUEDO: *Pablo VI, Timonel de la Unidad*, Zamora, Autor-Editor, 1998, 533 pp., ISBN 84-605-7556-X.

No son pocas las contribuciones de la historiografía referidas al posiblemente Papa más popular de la Historia. La de Eduardo de la Hera no merece ser considerada una más, pues se trata de un amplísimo estudio donde tanto las fuentes primarias como las secundarias muestran una labor muy notable por tratar de llegar al mayor nivel de erudición posible.

La obra se halla estructurada en ocho capítulos, más un epílogo final donde se realizan una serie de conclusiones sobre la figura y legado de Pablo VI. Da la impresión una vez leído el conjunto de la monografía que De la Hera tiene especial interés en mantener vivo el discurso del penúltimo pontífice italiano de la Historia, pues habla en términos presentes cuando, sin embargo, Juan Pablo II preside el solio pontificio desde hace más de dos décadas. Es ello lo que hace que el libro sea tan diverso y que aborde temáticas tan dispares, pues, mientras el primer capítulo habla de la Trinidad y el segundo del concepto de Iglesia, el sexto y séptimo se refiere al amplísimo quehacer ecuménico de Pablo VI. Por su parte, los epígrafes tercero y cuarto se centran en elementos de insustituible valor teológico como son la Palabra, los sacramentos, el ministerio y los carismas. En último lugar, el capítulo quinto aborda una cuestión tan trascendental como son las históricas divisiones y fracturas en el seno de la Iglesia católica, algo que es aprovechado por Pablo VI para hacer una apelación a la unidad en la visión de Dios en el octavo y último capítulo.

Resulta indiscutible para la historiografía actual, y para los que vivieron aquel pontificado, que la etapa del Papa Montini fue una de las más difíciles y, al mismo tiempo, más esperanzadoras de la dilatadísima vida de la Iglesia católica. Su predecesor, Juan XXIII, le había dejado el camino expedito a la renovación por medio de la convocatoria del Concilio Vaticano II, pero una cosa era preparar el proceso y otro llevarlo a cabo de manera adecuada. Ciertamente, como es posible comprobar en la obra de Eduardo de la Hera, Pablo VI ejecutó la tarea con gran brillantez, haciendo del Concilio Vaticano II una de las páginas más bellas de la siempre controvertida historia del cristianismo. Parece difícil desmentir al autor cuando éste afirma que Pablo VI amó apasionadamente a su Iglesia, aunque no por ello dejó de ser un hombre incapaz de cometer errores, como la dureza que en ocasiones mostró hacia aquellos que habían abandonado el sacerdocio en lo que fue un espectacular proceso de secularización durante los años sesenta y sesenta.

Es quizá lo que más se echa en falta en la obra de Eduardo de la Hera: un auténtico sentido crítico. Posiblemente lo que le ocurre al autor es que habla con una indisimulada pasión por el biografado, pero función es del historiador y de todo aquel que se acerque al pasado el mirar desde la lejanía y evitar cualquier pérdida de objetividad. No obstante, tampoco sería justo por nuestra parte el realizar una censura desmedida hacia el autor, quien ha llevado a cabo una muy elogiada labor de archivo y demuestra un perfecto dominio de una bibliografía, la referida a Pablo VI, ciertamente muy difícil de dominar.

Trasladándonos al análisis de lo que deben ser considerados los elementos más notables, el lenguaje resulta en ocasiones de gran brillantez, aunque no facilite especialmente el entendimiento de lo que se dice. En efecto, constatamos una fuerte

preparación teológica en el autor que obliga a todos aquellos que quieran comprender la obra a tener unas nociones del cristianismo en absoluto desdéniables. Según De la Hera, para Pablo VI dos *donec* indispensables en la vida de cualquier seguidor de Cristo son el de la unidad y el de la perfección, indisolubles e inseparables entre sí: por ello, la Iglesia, como Cuerpo místico de Cristo, constituye la gran comunidad o familia de los reconciliados. Sólo así pueden comprenderse actos históricos como la visita del patriarca Atenágoras a Roma en octubre de 1967, o declaraciones como la *Dignitatis humanae* (diciembre de 1965), la cual, con su apoyo radical e incondicional a la libertad religiosa, buscaba acabar con las luchas históricas entre cristianos. Unas luchas donde posiblemente la clave fundamental explicativa de todo lo que sucedió radique en la intención de cada iglesia de imponer lo que ellos consideraban, no su verdad, sino la verdad.

Partiendo de esta idea, Eduardo de la Hera considera que hay tres documentos que se encargarían de anticipar lo que después sería el pontificado de Pablo VI: el primer radiomensaje enviado a la Iglesia y al mundo (22 de junio de 1963), el discurso pronunciado con motivo de la apertura de la segunda sesión conciliar (29 de septiembre de 1963) y la primera encíclica programática, la *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964). El autor los utiliza para romper con la imagen de un Montini calculador, frío y dubitativo producto, en su opinión, de la mente de unos periodistas «precipitados». Pero, como muy acertadamente señala el autor, para hablar de unidad en el seno del cristianismo hay que comenzar por la propia unidad del catolicismo y, más en concreto, de todos aquellos que conforman el conjunto de los pastores encargados de guiar esa Iglesia. Si uno mismo es el Espíritu de Jesús, dirá Montini, que actúa a través de la jerarquía en su misión de enseñar, santificar y pastorear, y que reparte los otros carismas equitativamente, no es posible la oposición entre la institución jerárquica y la carismática. La unidad es, por tanto, objetivo prioritario, fundamental, esencial e inexcusable a lo largo de los quince años de pontificado de Pablo VI.

Eduardo de la Hera recoge una frase muy gráfica de lo que debía ser la Iglesia según el sucesor de Pablo VI: «Como un concierto musical, en la orquesta ni siquiera un instrumento principal puede sonar a su antojo o tocar lo que le plazca.» Por ello, los que la componen no sólo poseen derechos, sino también deberes, pero *deber* en el sentido más positivo de la palabra, pues el pontífice habla del *deber* de disfrutar y compartir al máximo los bienes que se derivan de esa Iglesia-comunión.

En este sentido, quizá De la Hera se hace un tanto repetitivo a la hora de enunciar el mensaje de Pablo VI. No obstante, justo es destacar estas ideas axiales, porque Montini es, con toda justicia, el Papa del *aggiornamento* o renovación, una regeneración en su más pleno concepto, que permitiera a la Iglesia entrar en el siglo XXI con una acertada combinación de fidelidad a la Tradición y de adaptación al cambio histórico. De ahí la intención de hacerse *ecuménica*, pues la gran novedad que la Iglesia ha de ofrecer a los fieles es demostrar al máximo la capacidad para abrir su espectro, para convertir el concepto de *católico* (universal) en una realidad palpable. En este sentido, y en otros muchos más que no nos es posible abordar ahora, Pablo VI fue un ejemplar sucesor de San Pedro. Sólo así podremos comprender, y esto es algo que debemos reconocer al conjunto del libro de Eduardo de la Hera, que casi un cuarto de siglo después de la muerte de Pablo VI su mensaje siga gozando de plena vigencia y alumbrando el pensamiento de millones de cristianos, no sólo católicos, repartidos por todo el mundo.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.